

PREGÓN

Semana Santa 2006

Medina de Rioseco



PREGÓN DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
2006

Diego Fernández Magdaleno

© Junta Local de Semana Santa

© del texto, su autor

Portada: Imagen de Jesús

Paso de la Oración del Huerto (detalle)

Anónimo, siglo XVII

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. L.

Paraíso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 285.-2006

PROCLAMA

En el Nomen del Padre que fizo el Cielo y la Tierra. Y en el del Hijo que nació de Santa María la Gloriosa y del Espíritu para sufrir Pasión y Muerte, resucitando glorioso... Invocando a María, señora de Castilviejo, al Santo Juan Bautista y a San Yago Peregrino, fago el servicio de proclamar por Rúas u Plazuelas de esta Noble Medina de Rioseco que:

Por los honorables regidores del Concejo, Señores de Justicia, Clérigos y Homes Buenos presididos por la VARA MAYOR de la Semana Santa y todos los hermanos de las Cofradías Penitenciales han acordado ayuntados por la Fe, la Esperanza y la Caridad, que hoy, Sábado de Dolores 8 de abril, San Amancio, se haga la Proclama Pública y Pregonera en el templo de San Pedro Mártir, a las 20,30 horas y ante la imagen penitencial de la Oración del Huerto, para que, ante todos ellos y el pueblo fiel, se enaltecian los valores redentores de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Sepades que esta Proclama Pregonera la dirá el Ilustrísimo Señor Don DIEGO FERNÁNDEZ MAGDALENO, académico, compositor, escritor y cofrade.

Lo fago por mandato del Señor Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa, Don ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE.

Dado en la Cuaresma del sexto año del siglo XXI, bajo el reinado de JUAN CARLOS I: EL REY.

Item más, damos públicas gracias a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y pedimos oraciones para que Su Santidad el Papa BENE-DICTO XVI, Vicario de Cristo en la Tierra, pastoree, con singular tino, la Iglesia Católica Universal.

Año de Gracia trigésimo primero del Reinado de JUAN CARLOS I.

ARCHÍVESE EN EL LEGADO
CORRESPONDIENTE DEL AÑO 2006

FIRMADO Y SIGNADO POR
EL ESCRIBANO MAYOR

PRESENTACIÓN

Con licencia del Rvdo. Sr. Cura Párroco de Santa María de Mediavilla y Santiago de los Caballeros, don Gabriel Pellitero Fernández.

Muy ilustre señor Alcalde de la Ciudad de los Almirantes de Castilla, Consejeros del Común. Excmas. e Ilmas. autoridades. Venerables Cofradías, Gremios, y Hermandades de Penitencia y Pasión. Mayordomos, mujeres y hombres aquí presentes. Amigos.

*En los porches y plazuelas
el aire remansa páramos.
Gritos de Pardal que trovan
salmos de aridez y pájaros.*

*Rioseco a alcanfores huele
de túnicas preparando,
mientras tapetanes lanzan
sonidos sobre los paños.*

*Castilla rompe silencios
para pasear a sus santos.*

Que estos hermosos versos pronunciados por Jesús María Reglero al inicio de su recordado pregón, el día 14 de abril de 1984, en el desaparecido Cine OMY, sirvan como prolegómeno del Pregón de Semana Santa 2006, y anuncio de los distintos

actos y procesiones que vamos a llevar a efecto durante estas fechas, tan queridas y esperadas.

Antes de todo permítanme que dirija unas breves palabras de felicitación y reconocimiento, en nombre propio y en el de la Junta General de Cofradías, al Ilmo. Sr. Don ARTEMIO DOMÍNGUEZ GONZÁLEZ, Alcalde de esta Ciudad, por haber sido distinguido con el título de HERMANO DE HONOR, debido a su estimable colaboración con esta Junta y con las Cofradías, al haber sido receptivo y atendidas la mayor parte de las demandas que se le han hecho, en todos los aspectos: económicos, culturales y, sobre todo, su colaboración en el mantenimiento del acervo patrimonial de las Hermandades y Cofradías.

De una manera especial, agradecerle su dedicación y empeño para que la Semana Santa riosecana se hiciese más conocida y llegase a la mayor parte de los hogares de nuestra Comunidad Autónoma, promoviendo y patrocinando, en gran parte, las retransmisiones televisivas que TV-Castilla y León/Canal 29, hizo de las procesiones del Jueves y Viernes Santo en los años 2003 y 2004.

Comenzamos la andadura de nuestra Semana Santa, profundamente sentida y vivida como expresión de fe religiosa por los riosecanos, en días especialmente festivos para esta Ciudad, celebrada siempre desde el amor cristiano hacia nuestros hermanos, cofrades o no, con la esperanza puesta en nuestra redención a través de Cristo Muerto y Resucitado.

Pardal y tapetanes han recorrido las calles y plazuelas de esta vieja ciudad, convocando a concejo al pueblo llano, alterando su quehacer común, para anunciar que, con el Pregón que se va a pronunciar en esta iglesia de San Pedro Mártir o de Santo Domingo, comenzamos una nueva Semana Mayor de Penitencia y Pasión. Comenzamos también las celebraciones en Hermandad, los distintos actos culturales, religiosos y desfiles procesionales. En

torno a la mesa familiar nos reuniremos familiares, amigos y conocidos, en una ritual, amistosa y fraternal ceremonia que se repite cada año. Todo ello vivido y sentido con amor y respeto por la tradición de un pueblo de viejos castellanos que se manifiestan orgullosos de ello.

Una vez más Medina de Rioseco se transforma en Jerusalén, ciudad santa, escenario y testigo de la Pasión y los riosecanos queremos compartir con Cristo el dolor por los castigos inflingidos, su Flagelación y posterior Coronación de espinas. Queremos encontrar la luz de la verdad en la mirada, triste y clemente, del Nazareno de Santiago o en el de Santa Cruz; la paternal compasión en la mirada del Cristo de la Pasión o en el de la Paz y, si es posible, recoger las ropas del despojo y Desnudez de Jesús.

Buscamos conseguir y sentir el amor de la Piedad, la esperanza de la Soledad el dulce amor de la Dolorosa por el Hijo muerto, a pesar del amargo dolor de sus cuchillos. Necesitamos estar junto a su cruz, haciendo compañía y dando consuelo a la Madre y amigos más cercanos, viendo como la lanza de Longinos traspasa su cuerpo y brota su última gota de sangre. Queremos sentirnos Nicodemo y José de Arimatea para recoger el cuerpo inerte de Jesús, retirarle de su cruz y depositarle delicadamente en el Santo Sepulcro, siempre con la esperanza de su RESURRECCIÓN.

Queridos amigos y hermanos de las distintas Cofradías penitenciales y de Pasión, sintámonos verdaderos cofrades en estos días, seamos ejemplo para quienes nos visitan y acompañan en estas fechas y preparémonos para enseñarles la grandeza de esta querida Ciudad y su Semana Santa. Ambas han sido durante siglos y seguirán siéndolo en el futuro, con nuestro compromiso y colaboración, símbolo de fervor unitario en la idea de servidumbre a Dios, con tenaz lealtad al mandamiento de los orígenes: el de la salvación, por el amor a Dios y a nuestros semejantes.

Junto a la torre de Santa María, norte al que mirar y puerto al que arribar, nos reencontraremos con tantos y tantos hijos de esta

ciudad, amigos o conocidos, todos ellos diseminados por la geografía hispana que, como es habitual y costumbre en ellos, quieren estar junto a los suyos, en su patria chica, y renovar su amor a la Semana Santa. A todos los saludamos respetuosamente desde esta tribuna, y les expresamos nuestra cordial bienvenida.

Con las singulares notas musicales de «La Lágrima», himno oficial de la Junta de Cofradías, portadas por sus Mayordomos, se han acercado hasta este estrado las Varas e insignias de las distintas Hermandades penitenciales riosecanas, para acompañar en este acto a la Vara Mayor y presidir el Pregón.

Ante el santo Paso de «Jesús en La Oración del Huerto», cofradía a la que pertenece, va a pronunciar el Pregón de Semana Santa 2006 el Ilmo. Sr. Don DIEGO FERNÁNDEZ MAGDALENO, quien en su momento tuvo la deferencia de aceptar el encargo realizado a solicitud de la Comisión Permanente de la Junta, de una manera receptiva y cercana, asumiendo tan alta responsabilidad con agrado e ilusión, como buen riosecano que respeta y quiere participar en todo aquello que le es común con el resto de los convecinos.

Por ello, en nombre de la Junta de Cofradías y en el propio, quiero darte las gracias y nuestro reconocimiento por haber aceptado este compromiso.

Riosecano nacido y que habita en esta Ciudad, se siente orgulloso de ello y así lo manifiesta públicamente: Como bien sabéis, vocacional y profesionalmente, su vida está dedicada en cuerpo y alma a la música, sentimiento fácilmente entendible si tenemos en cuenta que proviene de una amplia saga de músicos riosecanos: su bisabuelo, el Maestro Toribio, su abuelo, el recordado Sr. Pablo Magdaleno y su familia materna, de una u otra forma. Ha sido director del Conservatorio de Música de Valladolid hasta hace unos años, institución en la que continúa como profesor titular de piano.

Ha dado conciertos de piano en diferentes ciudades españolas y distintos países de Europa (Francia, Portugal, Suiza, etc...). En la actualidad es presidente de la Asociación Europea de Piano en España.

Desde hace años es miembro de la Real Academia de las Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid, en donde pronunció un magnífico parlamento en su discurso de aceptación de dicho nombramiento.

Ha escrito varios libros de narrativa y ensayo, entre los que hay que destacar el dedicado a su padre, Diego Fernández Piera, «*El tiempo incinerado*», publicado en el año 2005.

Reiterándote nuestro agradecimiento por tu colaboración y participación en este acto, querido amigo Diego, los hombres y mujeres de estos lares esperamos que tu palabra nos llegue al corazón y fortalezca nuestro espíritu, por lo que, gustosamente, te cedo el uso de la palabra para que nos hagas llegar tu prosa y su mensaje, lo que servirá de preparación para, desde la austeridad que nos distingue y caracteriza, celebrar la Semana Santa con fe, dando escolta cumplida a los Cristos y Vírgenes representados en nuestros Pasos, imágenes a cuyo amparo y protección nos encomendamos.

ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE
Presidente de la Junta de Semana Santa
Abril de 2006

EL CONTINUO PRESENTE

Pregón de Semana Santa. Medina de Rioseco - 2006

En memoria de mi padre

El Domingo de Ramos de 2005, mi padre salió a dar un paseo, como todos los días en los que luchó, ejemplarmente, contra su enfermedad. Caminamos con calma y conversamos, ajenos al futuro tan breve que se nos impuso. No contempló las procesiones del Jueves y el Viernes Santo. Escuchaba la música desde casa. Yo intentaba acercarle algún detalle de lo que sucedía. En la más extrema paradoja que pudiéramos imaginar, mi padre se moría mientras terminaba el Domingo de Resurrección y nuestra tristeza se mezclaba con el júbilo propio del acontecimiento esencial del Cristianismo.

A nadie le produciría más felicidad estar en este acto que a él. Estaba convencido de que, pronto, me escucharía pronunciar el Pregón, al igual que, desde las primeras filas, su presencia era un estímulo irremplazable en cada uno de mis conciertos o conferencias.

Mi padre, como tantas otras veces, no se equivocó. Pero los infinitos matices del tiempo, de algún modo, sí. Porque ese pronto, tras su muerte, ha pasado a ser tarde. Cada ser humano es imprescindible a causa del amor. De un amor que no puede fragmentarse ni encontrar equivalentes. Toda la alegría resulta escasa para llenar, aquí, su ausencia.

Vara Mayor, Reverendo Señor Cura Párroco de Santa María y Santiago, Mayordomos de las Hermandades, Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades, Señoras y Señores:

Quiero expresar mi gratitud a la Junta de Semana Santa y, en particular, a su presidente, por la confianza y el afecto que me han demostrado. Ellos saben que, por mi parte, son sentimientos correspondidos.

En los últimos años de una vida excepcionalmente intensa, François René de Chateaubriand afirmó: «El hombre no tiene necesidad de viajar para crecer; lleva consigo la inmensidad». Estas palabras, que aparecen en sus monumentales *Memorias de ultratumba*, fueron escritas por un obstinado viajero y llevan a concluir que lo trascendente está insertado en nosotros como un proyecto ineludible, decidido a transformarnos con un empuje arrollador en el que, no obstante, nuestra voluntad tiene el poder de verse involucrada y tomar parte activa en el proceso. Esta ciudad lo demuestra en el fluir circular que nos sitúa en el instante de sacar los Pasos a la calle; al añadir, todos juntos, la inmensidad que mencionaba Chateaubriand, y ofrecer el corazón de Medina de Rioseco.

En una de tantas horas inolvidables, Antonio Novo me mostró una fotografía que conservaba en la planta superior de su casa, envuelta entre numerosos objetos que daban la medida de su fecunda curiosidad. Era Miguel de Unamuno apoyado en un poste de la calle Mayor. Mucho tiempo después, frente al mismo horizonte en el que se perdía la mirada de Unamuno, aprendí algunas de las más importantes lecciones sobre la Semana Santa. En ese punto exacto, como digo, Julián Álvarez me hablaba con las palabras justas del lenguaje sensible, porque lo esencial huye siempre de la retórica. Julián y Felipe Martín, mis generosos compañeros en esas tardes lentas que preceden a la Semana Santa, cuando pasan las túnicas dobladas en los brazos, y el trasiego de las nubes es prioritario en las

conversaciones. Las voces de Julián y Felipe tenían la fuerza de la verdad, el impulso de la convicción. Esas claves que van del significado al símbolo, el recorrido humano más sutil. Julián lo resumía en el gesto de acariciar la Vara Mayor en un desfile de gremios, flanqueado por Bernardino García y Mario Cubero. Nada era arbitrario; pero no por ello perdía la naturalidad y la sorpresa.

En Medina de Rioseco, el símbolo se encarna también en las personas. La tradición, incluso. Lo siento al ver, por ejemplo, a Nicolás Brezmes con su nieto Galo. En Nicolás están las procesiones de un pasado que no viví; en Galo, las que no viviré. Pero esta intersección que compartimos une el tiempo que me antecede al que me sucederá. Todos los hombres, pues, en uno solo. Las huellas de Nicolás Brezmes sobre el tablero de La Escalera contienen las de quienes han muerto y, simultáneamente, las de quienes continuarán superponiendo sus manos como un nudo invisible. Buscad esto en los brazos de Francisco Mateo y encontraréis la tensión precisa de los músculos para que El Longinos se detenga entre las puertas de la Capilla. Un recinto que cuidaba, como el mayor tesoro, Fernando Fernández, *Titi*.

Vosotros, que os habéis reunido a escuchar este pregón, sabéis a lo que me refiero. Quizá seáis los únicos capaces de comprender estas palabras. Para Georges Bataille, nada es más difícil que hablar de lo que amamos. Y eso, ciertamente, es lo que intento hacer. Pero al compartir ese amor con vosotros, me resulta más sencillo entregaros estas páginas, consciente de que añadiréis a la mía vuestra experiencia propia. Se trata, como veis, de un pregón extraído de la memoria común. Os encuentro a todos en ella.

Francisco Ayala narra el regreso, tras casi cincuenta años de exilio, a su ciudad natal, Granada: «todo seguía igual; todo respondía y se ajustaba en seguida a la imagen de mi recuerdo. No era tanto que yo reconociese lo que encontraba; es que buscaba lo que deseaba encontrar, reconocer. Nada había cambiado». Si, como

Ayala, un riosecano volviera en Semana Santa después de cincuenta años, estoy seguro de que su percepción sería idéntica a la del escritor granadino. Pese a la evolución imparable de la sociedad –visible, por supuesto, en nuestras procesiones y costumbres– ese riosecano encontraría lo verdaderamente importante. Medina de Rioseco es el único lugar con el que no podemos ser ecuanímenes: somos su mismo espíritu, ya que son las personas quienes dotan de sentido los espacios que habitan. No podemos huir de la perspectiva humana para descifrar el mundo: esa interpretación es inseparable de la escala que, tomando como parámetros la sensibilidad y la inteligencia, usamos para establecer un orden, una elemental guía que nos rescate del vacío. Nombrar es el método que certifica la existencia. Las palabras, escribió Jean-Paul Sartre al recordar su infancia, eran la quintaesencia de las cosas.

En principio, es más fácil estar de acuerdo con lo objetivo. El análisis de la razón, en ocasiones, es irrefutable. Pero al pensar en la Semana Santa de Medina de Rioseco, la lógica se trastoca hasta llegar a una contradicción máxima: la subjetividad colectiva. Ahí, estoy convencido, reside el secreto. Por tanto, el riosecano que os citaba antes no se identificaría con lo evidente. Puede que no reconociera algunos edificios, calles o plazas. No importa. Lo evidente, durante la Semana Santa, es casi accesorio. Sin embargo, se vería envuelto de inmediato en esa subjetividad de la memoria. No sentiría el tiempo transcurrido. Dejadme ir más lejos: no le sería imprescindible ni siquiera mirar. Cada Jueves y Viernes Santo, Manuel Asensio espera, en los soportales de la calle Mayor, la llegada de los Pasos. Manuel Asensio, mi entrañable Manolo, no puede ver desde hace décadas, pero sí emocionarse con el golpe seco y la voz del cadena para dar el *oído*, junto al ritmo enlazado de las horquillas contra el suelo; con la vibración constante de los faroles y los reclamos primitivos, salvajes, del pardal y el tapetán; con el olor de la cera y la ansiedad palpable del esfuerzo.

Fernando Pizarro ha visto la calle del Pescado como un «viejo itinerario colegial por el que vagan, mezclados, rumores procesio-

nales y soledades infantiles». Os pido que me acompañéis al número 11 de esa calle. Entrad conmigo. En la sala de estar, una silla de mimbre. Cómodamente sentada, maquillándose aunque no saliera, mi abuela Amparo. Toda vida resulta incompleta. Se cierra con la evocación de los que sobreviven. Pero es ficción, el límite. Cualquier acotación lo es. Y por ello la memoria lleva en sí una explosión forzosa: realidad y deseo. En la calle del Pescado, los vecinos más próximos, sin vida más allá del recuerdo: Dolores, Teodoro, Celia, Carmen y Francisco, inolvidable don Francisco Blanco. Hasta el año 2004, comenzaba en esa casa una liturgia previa a los Oficios. Así, en los armarios, descolgábamos las túnicas. El turno de los pañuelos, con mi abuela aprobando o corrigiendo el resultado. La emocional cartografía de la Semana Santa.

Siendo un niño, comencé a alumbrar La Oración del Huerto junto a mi primo Javier García. Su padre fue el primero en pertenecer a la Hermandad, y hoy somos dieciséis los miembros de mi familia que llevamos la medalla de la Oración del Huerto. De pequeño, pensaba en que era el único paso tanto del Jueves como, naturalmente, del Viernes Santo, en el que Jesús no sufría la brutal violencia que se desencadena a partir de La Flagelación. Me procuraba un íntimo alivio. Jesús de Nazaret, rezando. La serenidad de este rostro que preside el pregón. Queridos hermanos de La Oración del Huerto: cuántas Semanas Santas, mirándolo. Y mirándonos, también nosotros, alrededor suyo. Estuve algo nervioso antes de sacar el paso por primera vez. Hasta que dio las instrucciones el cadena. En ese momento, sólo sentí seguridad y confianza. Fue un honor contar con un cadena como Isidro Gómez González. No habló mucho, aquel día. No era necesario. Isidro Gómez tenía algo que no puede improvisarse: autoridad. Vicente Martín y yo, en los palotes delanteros. A Isidro le bastaba un gesto, una palabra, para dirigir el paso. Hay grandes cadenas en La Oración del Huerto. Pero, aún ahora, cuando al pasar lista pronuncian su nombre, espero que responda, sí. Y, en ese caso, decirlo yo también.



Toribio Magdaleno,
profesor de música y director de la
Banda Municipal (1876 - †1946)



Pablo Magdaleno,
compositor y director de la Banda
Municipal (1917 - †1975)

Hombres como Isidro Gómez han hecho posible nuestra Semana Santa. A menudo, en actos de esta índole, se tiende a confundir historia con leyenda. Desde la mejor intención, sin duda. Aunque la grandilocuencia suele llevar aparejada la injusticia. La grandeza de Medina de Rioseco no está en blasones ni linajes mitificados. Esa grandeza está aquí: sois vosotros. Las mujeres y los hombres que obran el milagro de mantener no sólo procesiones o templos maravillosos, sino también de preservar la emoción primera que, hace siglos, alentó a nuestros antepasados: ese hilo que atraviesa el tiempo es lo más valioso que tenemos. Un hilo delicado que sujeta los templos y ensancha las tradiciones. En esto creo.

Mirad las antiguas fotografías: ¿no os reconocéis en ellas cada uno de vosotros?, ¿no pensáis que ha cambiado todo menos esos riosecanos que clavan sus hombros en los Pasos? Y mirad, también, hacia el futuro. Igual que comprobábamos esa metáfora en Nicolás Brezmes con su nieto, ¿no veis que son idénticos a los niños que juegan con los pasos que ellos mismos construyen?, ¿no hemos sentido su rigurosa urgencia, la que no les permite esperar al día de sentir los de sus padres?

También yo participé en esas procesiones infantiles con mis compañeros del colegio San Buenaventura. Con mi primo Javier, Guillermo Aníbarro, Marcos Cuevas, José-Luis Pérez y muchos otros. Como aquel día, en el patio de María Marbán, cuando, con mi hermano Pablo sujetando un muñeco sobre unas frágiles tablas, emulábamos a La Piedad. El recorrido era completo. Llegamos a la *arrodollada*. Terminó el desfile en el ambulatorio y la frente de mi hermano, con tres puntos de sutura. Aún así, continuábamos. Al ser un grupo numeroso y heterogéneo, con un sistema en el que la imaginación estaba por encima de los medios, hicimos muestras en miniatura de todos los pasos. Desde La Borriquilla hasta el Jesús Resucitado. Éramos, pese a la limitación de los recursos, muy precisos: distinguíamos sobradamente el Cristo de la Pasión del Cristo de la Paz, y no sólo en el tamaño. Componíamos en detalle la figura, los ojos, la contorsión del cuerpo. Qué inquietud, hasta encontrar la definitiva expresión que los identificara. Y qué felicidad en cada hallazgo.

Debemos retener esa luz de la infancia, proyectarla a lo largo de nuestra vida, internamente, como esa música inseparable de la Semana Santa. En mi caso, tocarla es recordar a mi bisabuelo Toribio y a sus hijos: Columbiano, Eustasio y Pablo, mi abuelo Pablo, marcando en el papel pautado la conmovedora síntesis de la desdicha. El perpetuo movimiento de la música en las procesiones. Este pregón terminará con dos marchas fúnebres de Pablo Magdaleno y otra, conocida popularmente como *La lágrima*, que dirigió durante muchos años, cada Viernes Santo. Una obra que yo

he tocado en diferentes circunstancias. La más emotiva, mientras el féretro de Fernando del Olmo abandonaba la iglesia de Santa María. Los compases que amó le despidieron.

Siete cofrades de La Oración del Huerto han fallecido desde que estoy en la Hermandad. Julio, Fernando, Jesús, Bernardino, José-Luis, Rafael y Santiago. Hay miembros aquí de todas las cofradías que tendrán presentes a los que pertenecieron a ellas. Os pido que no los olvidemos. El Jueves, el Viernes y el Domingo, bajo el anonimato de las túnicas y las caretas, nadie sabrá si están o no. Se producirá, de nuevo, este milagro llamado Semana Santa en Medina de Rioseco.

Gracias a todos por vuestro cariño.

DIEGO FERNÁNDEZ MAGDALENO

Edita:



Junta Local de Semana Santa

Colaboran:

